

EL IV CONGRESO EUCARISTICO NACIONAL DE BUENOS AIRES

(12 - 15 DE OCTUBRE, 1944)

Ni el mundo eloqu coasto con el furor de la guerra, ni Caracas, llena del estrépito de la contienda electoral y deportiva, han vibrado odecuadamente ante el grándioso acontecimiento del IV Congreso Eucarístico Nacional, celebrado en Buenos Aires del 12 al 15 de Octubre pasado. Evidente contraste con el eco mundial que alcanzó en 1934 el trigésimo segundo Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Buenos Aires, cuando la presencia del Cardenal Pacelli enloqueció a los católicos de la metrópoli del Plata y el mundo entero se conmovió ante la radio a la voz arrebatadora del locutor genial del Congreso, el ya fenecido Mons. Napal. Sin embargo es de justicia reconocer que a los dos lustros esta resonancia de aquel esplendoroso congreso eucarístico ha superado en varios de las concentraciones a las del año 34. Pero el mundo está ensordecido por el ruido de las máquinas de guerra; los caminos internacionales entorpecidos; y las agencias noticiarias intervenidas y controladas. Queremos por lo mismo ofrecer a Caracas y Venezuela una información rápida y concentrada de lo que ha sido y supone el IV Congreso Eucarístico Nacional de Buenos Aires.

Venturosa oportunidad.

Porque una venturosa oportunidad nos ha proporciónado inesperadamente la dicha de vivir en Buenos Aires los días del Congreso. Una venturosa oportunidad que nos llevó por los cielos de Suramerica...; por las costas arenosas de Falcón; los campos petroleros del Zulía; la sierra de Santa Marta; el Magdalena caudaloso; las verdes montañas de Antioquia; el Cauca fecundo; la indus-

triosa Cali, la acogedora Guayaquil, reclinada en las riberas del Guayas; la prodigiosa Lima de los palacios, conventos y calles evocadoras, engalanadas con miradores de afiligranada talla de caoba; la grave Santiago de Chile con sus sólidos edificios contruados contra los fríos de los nevados picachos de la vecina cordillera andina, en la que domina señorialmente el Aconcagua; la pampa argentina rectilíneamente alineada con sus fecundas sembradíos de trigo, maíz, viña, lino, girasoles y verdes estancos, ganados lanar y vacuno; y la poderosa Buenos Aires desahogadamente reclinada en la fecunda planicie de las riberas del Plata.

Llegamos a Buenos Aires el día 10 de Octubre cuando en los rascacielos, en los palacios oficiales y privados, en las casas humildes y en los ramos almacenes comenhabían a colocarse las banderas nacionales, y pontificias con el Escudo del Congreso Eucarístico.

A los diez años. Un congreso de amplitud iberoamericana.

A los diez años del Congreso Eucarístico Internacional, que señaló en Buenos Aires la línea de una nueva era de renovación cristiana, los católicos argentinos han querido revivir su consagración eucarística con una grandiosa concentración nacional. Circunstancias particulares han hecho que la asamblea revistiera este año **carácter continental suramericano**. Asistieron representaciones de casi todos los países de Iberoamérica. Estaban presentes los Buenos Aires 25 prelados argentinos; cuatro de Bolivia; seis del Brasil; catorce de Chile; tres del Paraguay; dos del Uruguay; Monseñor Tenreiro representó a Venezuela. Otras naciones en-

viaron a los Presidentes de la Acción católica o a insignes representantes del clero. Fué significativa la presencia de los Padres Provinciales de la Compañía de Jesús de Cuba, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Chile y Argentina acompañados de los Secretarios nacionales del Apostolado de la Oración, cuyo centenario recae el próximo mes de Diciembre. Para los peregrinos, el gobierno argentino facilitó los trámites de aduanas y visados de pasaportes. La urbe ingente y poderosa hervía de peregrinos de todas las provincias argentinas, del Paraguay, Bolivia, Uruguay y Chile.

Un acierto indiscutible. El escenario del Congreso.

Buenos Aires, abierta en una planicie ilimitada, produce sensación de amplitud y desahogo. Posee, sin duda, parques y avenidas extraordinariamente adecuadas a las grandes concentraciones. En 1934 la sede del Congreso Eucarístico Internacional fué el bellissimo parque de Palermo. Palermo, sin embargo, cae en un extremo de la extensísima ciudad. Los organizadores del presente Congreso acertaron con un escenario espléndido, mucho más céntrico y asequible: la novísima Avenida del 9 de Julio. La Rotonda se colocó en el cruce de la avenida de Mayo y la Avenida 9 de Julio. Esta última, formada con el derribo de una entera fila de manzanas, es una de las arterias más grandiosas que posea ninguna ciudad moderna: una anchura de 120 metros y una extensión ilimitada. Muy justamente escribía 12 de Octubre el cronista del gran diario **La Nación**:

Convergen en la Rotonda, lo viejo y lo nuevo de la urbe, lo tradicional y lo moderno; asoma en un extremo de la perspectiva, la plaza de Mayo, la histórica; y en otro, la del Congreso, símbolo de instituciones substanciales con la vida del país; más allá el puerto y hacia otro lado, caminos a La Pampa —Rivadavia es como un gran látigo de la ciudad, que llega retallante al campo—; y barrio Sur y barrio Norte, con centro en la Rotonda donde se alza el altar, forma colosal cruz, coronada por el río, por las dársenas de Santa María de los Buenos Aires y con basamiento en el rumbo pampeano, en la grandiosidad del campo argentino, que es como la proyección grandiosa de las páginas bíblicas que hablan de rebaños y mieses, de ganados trashumantes y espigas que forman en la tierra inmensos escudos de oro.

No hace aún muchos días, centenares de obreros trabajaban en la avenida Nueve de

Julio, en la demolición de edificios: era como si desmontaran una vieja escenografía. Sólo ha quedado en el centro de la avenida el Ministerio de Obros Públicas, que ayer fué como un inmenso mástil, lleno de banderas argentinas y pontificias.

Día 11 de Octubre. Recepción del Cardenal Legado.

Es sabido que Su Santidad Pío XII nombró Legado a latere para el Congreso al Cardenal Santiago Luis Copello, Arzobispo de Buenos Aires.

A las 10 de la mañana el Cardenal Legado recibió en la sala del Trono de la Curia Arzobispal al Señor Presidente de la República y en su compañía y espléndido séquito se dirigió a la Catedral. A sus puertas fué recibido por el Ministerio en pleno, el Nuncio de Su Santidad, la Corte Suprema y el Cuerpo diplomático.

En nombre de la ciudad pronunció el discurso de bienvenida el intendente municipal interino, teniente coronel César R. Caccia.

El primer discurso que escuchábamos en Buenos Aires señalaba ya el carácter del Congreso: evocación de la Asamblea Eucarística Internacional del 34; una oración por la paz y una afirmación nacional de fe cristiana y piedad eucarística.

Inmediatamente el Legado se dirigió bajo palio al templo, oró brevemente en uno de los altares laterales y tomó asiento en el trono, desde donde impartió la bendición papal.

El Deán del Cabildo Metropolitano y Obispo Auxiliar del Arzobispado, Monseñor Antonio Rocca, pronunció desde el púlpito el discurso de salutación, glosando el texto: **Bienvenido el que viene en el nombre del Señor.** Contestó el Cardenal Primado agradeciendo las evocaciones al Cardenal Pacelli, actual Pontífice, factor primordial del éxito del Congreso Internacional del año 34. Comentó inmediatamente algunas de las frases de su predecesor en un conciso y conmovedor discurso.

Días 12, 13 y 14 de Octubre. Organización de la Asamblea

No pretendemos en esta concentrada crónica dar a detalle la narración de todos los actos del Congreso. Necesitaríamos todo el espacio de la revista.

La organización del Congreso, esquemáticamente, ofrecía los siguientes actos.

Por la mañana: una misa solemne en la Avenida 9 de Julio. El primer día fué misa pontifical de inauguración; el día 13, misa dialogada por 200.000 niños. El día 14,

misa de comunión del Ejército y la Marina. El día 15, misa pontifical de clausura, con homilias del Cardenal Legado y una alocución radiada del Sumo Pontífice.

Por la tarde, en torno a las seis, **Asamblea General**. En estas asambleas generales se desarrollaron en los días 12, 13 y 14 los siguientes temas: **La vida cristiana en el individuo; en la familia; en la sociedad por medio de la Eucaristía, Sacramento y Sacrificio**. Disertaron sucesivamente los Excmos. Arzobispos de Montevideo, Santa Fe y Concepción de Chile; Monseñores Antonio M. Barbieri, Nicolás Fasolino y Alfredo Silva Santiago. En estas asambleas vespertinas, celebradas en el amplísimo escenario de la Avenida 9 de Julio se dió ocasión a los representantes de las diferentes naciones de dirigir un saludo al Congreso. Fué para nosotros un consuelo singular el acierto, la brevedad y la elocuencia con que se expresó el primer día Mons. Tenreiro. Fué sin duda el delegado extranjero acogido con más universal simpatía: evocó a la lejana Venezuela, consagrada desde comienzos de siglo a la Eucaristía e hizo resaltar la comunidad de sentimientos, ideales y creencias, heredadas de la Madre Patria entre las dos naciones hermanas. Una cerrada ovación coronó la concentrada y elocuente salutación de Mons. Tenreiro.

Además de estos dos actos centrales del Congreso se celebraron cada día multitud de **Asambleas especializadas**, para jóvenes, obreros, congregaciones y ramas de la Acción Católica en salones de Colegios y centros sociales católicos. Por la noche el teatro Colón ofreció conciertos sacros en honor de los delegados.

Actos de singular grandiosidad y emoción

La fueron sin duda la misa de los niños en la mañana del 13 de Octubre; la concentración y comunión de hombres en la noche del 13 al 14; y la misa y comunión del Ejército el día 14.

Es detalle pintoresco de Buenos Aires el uniforme escolar obligatorio de todos los niños: una blusa blanca, que los hace llamativos en todas las calles de la ciudad. En la mañana del día 13, 200.000 niños se concentraron en la Avenida 9 de Julio. Llevaban en la mano un librito para la misa dialogada y una banderita blanca.

El espectáculo era arrebatador. La inmensa avenida quedó nevada. Cinco mil niños formaron un coro asombroso y angelical. Doscientas mil voces recitaron a coro la misa dialogada. Mil niños, en fila doble, se acercaron al altar para hacer en una ces-

tita la ofrenda de espigas y vino. Cuando a la voz del locutor resonaron los vivas a la Eucaristía, al Papa, a la Virgen de Luján, a la patria, se estremecían los vecinos rascacielos y se veía hervir encima del mar de negras o rubias cabecitas un oleaje de banderitas blancas.

Nos sentíamos entrañablemente conmovidos cuando de sus bocas inocentes se elevó al Señor Sacramentado la oración de la paz pedida por el Papa a los niños. Y de lo más íntimo del alma unimos nuestras plegarias a la suya. ¡Señor, escúchalos! ¡Señor, danos la paz!

A pie, por la omplísima avenida de Mayo, nos dirigimos a casa. Los escolares se habían dispersado formando blancos arroyos en todas las direcciones de la ciudad. Grandes autobuses rebosaban de racimos infantiles que alegraban el espacio con vivas y cánticos. Por medio de la avenida avanzaba marcialmente la tropa scout de los Salesianos al compás de estruendosos tambores y una banda juvenil.

Sentía el alma esponjada en la luminosidad de la mañana primaveral.

Ex ore infatium... perfecisti laudem...

La misa y comunión nocturna de los hombres.

En la noche del 13 todos los sacerdotes presentes en la ciudad, sin duda varios millares, fuimos invitados a colaborar en la confesión de los hombres. A cada grupo se le señaló un puesto fijo. A mí me tocó, junto al P. Laburu y el Padre Provincial de los jesuitas argentinos, el vértice occidental de la Avenida de Mayo, cerca de la Rotonda y frente a dos cafés, profusamente iluminados y atestados de curiosos y sobre todo de curiosas.

Por la amplia avenida avanzaron los hombres organizadamente por instituciones, centros y cofradías. Según llegaban iban arrodillándose ante el sacerdote, o acercándose a los asesores que confesaban avanzando con ellos hacia la Rotonda.

Habíamos oído decir el efecto sorprendente de estas **confesiones en plena calle** durante el Congreso Eucarístico Internacional del año 34. Vivíamos ahora la realidad de aquellas narraciones. Los hombres argentinos han perdido el respeto humano en cuanto se relaciona con la confesión y comunión. Muchos de aquellos hombres se nos acercaban diciendo que venían arrastrados por el efecto arrebatador de aquella viril manifestación de fe. Bastantes curiosos del café se desprendieron del grupo para arrodillarse a nuestros pies.

A las doce de la noche comenzó la misa en la Rotonda central. Escuchábamos por los altavoces la voz grave y orientadora de Mons. Gustavo Francheschi. Nos dirigimos a la avenida 9 de Julio y quedamos asombrados ante el apiñado ejército de 250.000 hombres. Bajo el enorme rascacielos de cerca de cuarenta pisos (el Ministerio de Obras Públicas), que limita la avenida y en la que lucía con ventanas iluminadas una imitación gigantesca de la Cruz que hace diez años presidió el Congreso en el Monumento de los españoles de Palermo, nos sentamos de nuevo a confesar. Se consagraron 150 copones. Pero el cálculo había sido deficiente y muchos hombres no alcanzaron a comulgar. Se celebró una nueva misa y se consagraron nuevos copones... Aun así, millares de hombres hubieron de dirigirse a las vecinas iglesias, donde sólo a las cinco de la mañana terminaron las comuniones.

En las primeras horas de la aurora resonaban por las calles viriles himnos eucarísticos. Eran las congregaciones y organizaciones masculinas que tornaban en formación a sus sedes.

La Misa y Comunión del Ejército.

La circunstancia de hallarse parte de la tropa del Campo de Mayo en maniobras militares por el Interior de la República restó un poco de amplitud a este acto, que en todo caso resaltó vistosísimo. Queremos destacar el detalle pintoresco del bautismo de varios conscriptos, que recibieron inmediatamente la sagrada comunión.

El sentido de los discursos nos agradó particularmente. Puede concretarse en estos párrafos emocionantes con que cerró su alocución el orador oficial, Mons. Ferreira Reynafé, Obispo de la Rioja.

Ejército argentino, armada nacional —expresó el orador—: dentro de breves instantes consagraréis nuestras armas a Jesucristo por intermedio de la Virgen de Luján, patrona principal de la República. Hace pocos días, por decreto del superior gobierno de la Nación, renovásteis en todas las capitales de provincias el gesto cristiano de San Martín y Belgrano, proclamando a la madre de Dios, generala del ejército argentino, ciñéndola con la banda y rindiéndole honores oficiales.

No fué ésta una mera ceremonia, como tampoco lo es la que vais a realizar. A través de ello el pueblo católico interpreta vuestras intenciones y adivina vuestros propósitos. La solemnidad del momento es una

afirmación, y la sinceridad de vuestro gesto una garantía.

La patria acoge alborozada vuestra decisión, siente con vosotros la emoción de la entrega, y alza sus brazos al cielo para dar gracias al corazón eucarístico de Cristo por vuestra fe católica, para decir a la bandera que siga limpia y confiada al amparo de las nobles armas consagradas a María, y para afirmar ante propios y extraños que hoy, junto a este altar monumental, queremos cumplir la sentencia bíblica: "Iustitia et Pax osculatae sunt" "La justicia y la paz se han dado el beso" en esta tierra argentina.

La voz del Papa.

La evocación del nombre Pacelli tiene poderes mágicos en Buenos Aires. La Misa Pontifical del día 15 arrastró mucha mayor masa de personas que las espléndidas asambleas de los días precedentes. Se iban a iniciar la ceremonia escuchando la alocución radiada del Papa.

Eran cerca de las nueve y media cuando el locutor exclamó: **Corazones en alto y profundo silencio en el alma;** la multitud cayó de rodillas y por los altavoces se escuchó diáfana la conocida voz del Papa Pacelli:

"Honorables hermanos y queridos hijos, han pasado dos lustros y experimentamos la misma emoción que cuando por primera vez llegamos a tierra argentina, maravillosa y armónica como el alma nacional de su pueblo. En las vibraciones de nuestra conmovida voz volvemos a hallar la senda prodigiosa que nos hace revivir de nuevo en nuestra mente un vigor primaveral y la alegre siempre viva del recuerdo.

"Dos lustros ya y, sin embargo, experimentamos la misma emoción como cuando por vez primera, con paso trémulo, halláramos vuestra hermosa tierra argentina; aun resuenan en nuestros oídos vuestros vítores, vuestras ovaciones y el turbulento rumor de vuestras plegarias, así como las armonías fervientes de vuestros himnos.

"Dos lustros y de nuestra retina parece no haberse borrado aún la imagen de aquella Cruz monumental, blanca, poderosa y armónica, como el alma nacional de vuestra patria".

"Ojalá la Humanidad hubiera escuchado el mensaje de Buenos Aires y evitado la hora que estamos viviendo; ojalá hubiera mirado más allá de las cosas de este mundo".

"Carísimos hijos —añadió—, prometed

que en vuestra sociedad no se rendirá nunca culto al ansia desenfrenada del placer, a la locura del lujo y de la moda, indecorosa y la codicia insaciable de riqueza".

Pío XII tuvo palabras de gratitud para la Argentina por el noble gesto de correr a mitigar con sus donaciones la miseria y el hambre del pueblo de Roma, amenazado de muerte por falta de alimentos.

Al término de su alocución el Papa impartió la bendición a los fieles que asistían al Congreso.

La procesión de Clausura. Apoteosis del Santísimo Sacramento.

Gracias a la atención de una familia venezolana tuvimos la fortuna de los reporteros curiosos. La consecución de una atalaya —la azotea de un edificio de 15 pisos— que hacía ángulo con la Diagonal Sáenz Peña, por donde había de avanzar la procesión, y la Avenida Nueve de Julio, donde había de culminar.

La procesión propiamente dicha no era larga, pues hubiera resultado interminable. Participaron en él: dos largas filas de monacillos, el clero secular y regular, los Obispos, la custodia gigantesca ante la que venía arrodillado el Cardenal Copello en una carroza llevada por diez sacerdotes: las organizaciones masculinas de Acción Católica, las Congregaciones Marianas y Eucarísticas.

A las siete de la tarde el cortejo doblaba a nuestros pies el Obelisco que centra la conexión de la Avenida Sáenz Peña con la del nueve de Julio.

Una multitud incontable llenaba el escenario del Congreso y una masa humana apinadísima asomaba a todas las bocacalles hasta donde alcanzaba la visita. El locutor enardecido anunció la presencia de millón y medio de hombres. Los cálculos de la prensa al día siguiente no bajaron de la cifra de un millón de espectadores.

Avanzaba magistrosamente la carroza del Santísimo y el público de todo género, con admirable devoción, doblaba la rodilla. Cuando el Legado descendió en el templo, se agitaron los pañuelos y quedó nuevamente nevado el inmenso mar de hombres.

En nuestra lejana azotea estábamos también de rodillas. Pedíamos con ternura irreprimible con el Legado por la noble Nación Argentina, por la lejana Venezuela,

por América, por la Madre Patria, por el mundo enloquecido, por nuestros seres queridos...; nuestra oración subía al cielo junto con otras miles, tal vez millones de plegarias.

El Cardenal Copello dió la bendición con el Santísimo. Resonaron en el cielo de Buenos Aires los himnos eucarísticos. Anoche. El Ministerio de Obras Públicas lucía nuevamente la gigantesca cruz de Palermo. El Cardenal Legado, en coche abierto, y los miembros del gobierno, a pié, pasaron por en medio de la multitud y recibieron una ovación delirante. Eran cerca de las nueve de la noche cuando pudimos abrirnos paso por la multitud. En medio de la avenida del nueve de Julio pasaban las delegaciones extranjeras. Mons. Tenreiro, en un auto, rodeado de jóvenes universitarios venezolanos, escuchaba una cerrada ovación y los vitores de **Viva Venezuela**.

Reflexiones finales.

Se ha hecho un silencio injusto en torno a la grandiosa manifestación de fé y piedad eucarística, de que fué testigo Buenos Aires en los días del IV Congreso Eucarístico Nacional. Lamentables, circunstancias políticas han favorecido sin duda esta conspiración del silencio.

La Iglesia nada tiene que ver, como tal, con las ideas políticas del Gobierno argentino, quizás no exactamente comprendido a través de las informaciones muy parciales e interesadas de las agencias publicitarias internacionales.

El IV Congreso Eucarístico Nacional de Buenos Aires fué en todo caso, una grandiosa y casi abrumadora manifestación de fé. La concentración de niños, la comunión de hombres y la procesión final, por confesión unánime, superaron al propio Congreso Internacional del año 34. Sin embargo se reconocía también unánimemente que la presencia del Pacelli produjo más conmoción eléctrica hace diez años. Se lamentó asimismo la pérdida del genial locutor Mons. Napal; y hubo diversas quejas sobre la poco acertada colocación de los micrófonos, que nos hizo perder muchos detalles de los discursos.

Pero en la grandiosidad de los actos finales se sintió un destello de la grandeza y majestad, el Rey de Reyes, y Señor, de los Señores.

M. Aguirre Elorriaga S. J.